

UN AÑO DE ARENA

El 30 de septiembre, la Alianza Republicana Nacionalista, ARENA, conmemoraba el primer aniversario de su fundación. La celebración se redujo a un discurso televisado de su líder visible máximo, el Mayor Roberto D'Aubuisson, y a un acto de masas en el Palacio de los Deportes de San Salvador. Tanto el tono defensivo del discurso de D'Aubuisson como los no más de tres mil seguidores que, según informes fidedignos, se juntaron en el acto de masas llevan a pensar que algo no acaba de salirle bien a ARENA, a pesar de sus éxitos aparentes, su fanfarria publicitaria y sus poderosos resortes económicos. No sin razón afirmaba el mismo D'Aubuisson que si hace un año se encontraban "desesperados", en los momentos actuales muchos de ARENA se encuentran "frustrados".

ARENA nació como un instrumento político del gran capital salvadoreño; su finalidad consistía en articular los intereses oligárquicos en la coyuntura político-electoral impuesta al país por los Estados Unidos como cobertura a la guerra militar contra los movimientos revolucionarios. Si el 15 de octubre había constituido quizás el esfuerzo más grande realizado desde el propio sistema para romper con un esquema de dominación social irracional, el gobierno de Ronald Reagan mostraba su decisión de invertir el reloj de la historia con un proyecto geopolítico que en la práctica negaba el sentido del 15 de octubre, diluyendo sus demandas de justicia en el esquema de confrontación este-oeste y constriñendo las exigencias del pueblo salvadoreño a los estrechos márgenes permitidos por la "seguridad nacional". En este contexto, ARENA se presentaba como una alternativa válida, no para las aspiraciones del pueblo, sino para las exigencias del gobierno de Ronald Reagan.

De hecho, a lo largo de este año de existencia ARENA ha tratado por todos los medios de llevar las aguas del proyecto norteamericano al molino de sus intereses particulares. La actividad paramilitar ha pasado a un segundo plano (sin, por ello, debilitar sus cuadros) y los viejos políticos del capital salvadoreño han desempolvado una vez más su retórica libertaria y anticomunista, muy del agrado del actual gobierno estadounidense. ARENA ha intentado vestirse de respetabilidad democrática, aunque discusiones tan elementales como la del "pluralismo" terminen desbordando pronto sus márgenes de comprensión y de tolerancia políticas. Sin embargo, en su esfuerzo por ganarse el encargo norteamericano, ARENA ha cedido en puntos tan cruciales como el nombramiento del presidente de la República o la formación de un gobierno de "unidad nacional" con la odiada Democracia Cristiana.

Es importante subrayar los éxitos de ARENA en este su año de vida, porque ellos reflejan parte de la realidad salvadoreña. ARENA se constituyó en la "bête noire" de las pasadas elecciones parlamentarias, lo que le reportó una cuarta parte de los votos computados, tanto de los reales como de los inflados. ARENA consiguió movilizar políticamente a los sectores afines al gran capital y arrastrar en el aluvión de su bien montada campaña a no pocos salvadoreños sencillos. Este éxito inicial ha llevado a la oligarquía a confiar en su control de los procesos electorales, al menos mientras el país se encuentre bajo un estado de "seguridad nacional" que imposibilita cualquier acción política significativa a los sectores populares o a los movimientos de verdadera oposición. Tras el 28 de marzo, ARENA ha trabajado tesoneramente por establecer bases



electorales en todos los puntos de la república, a la espera de triunfar en las futuras elecciones presidenciales. Asimismo, ARENA ha logrado recuperar un número importante de puestos de poder al interior del aparato del Estado, lo que le ha permitido revertir en buena medida las reformas iniciadas por la anterior Junta de gobierno. Al mismo tiempo, ARENA ha adulado incansablemente a la Fuerza Armada, a la que ha eximido de toda responsabilidad incluso en los cambios postulados por la proclama del 15 de octubre, atribuidos a los demócratas cristianos y a algunos oficiales, pero no a la institución armada.

Con todo y a pesar de sus éxitos, muchos en ARENA se encuentran frustrados. Sin duda, el gran capital esperaba más y lo esperaba antes. La prolongación de la guerra le desazona y el progresivo hundimiento de la economía le irrita. Su conciencia de comulgar con los principios ideológicos que guían a la actual administración de Ronald Reagan no les permite comprender muy bien la reticencia norteamericana a entregarles la batuta de su proyecto político para el país, y aunque confían en ganar las próximas elecciones presidenciales, no parecen dispuestos a hacer muchas más concesiones a las demandas populares o a las exigencias de la respetabilidad política en el plano internacional. Todo ello hace que

ARENA, a un año de su fundación, sea un partido con crecientes divisiones internas, escindido en sus relaciones con la Fuerza Armada y ambiguo en su postura frente al gobierno norteamericano. Su mismo líder visible, el Mayor Roberto D'Aubuisson, ya no es el líder carismático e incuestionado que era hace apenas unos meses, y el carácter justificatorio de su discurso conmemorativo confirma lo precario de su situación actual.

Tres son, por lo menos, los puntos en que ARENA no ha logrado sus objetivos. Ante todo, no ha conseguido ganarse la designación norteamericana para el proyecto político impuesto al país, a pesar de haber obtenido ya el espaldarazo de su bendición democrática. En segundo lugar, ARENA ha tenido que aceptar a la Democracia Cristiana (los "sandías" de la campaña electoral) como compañeros de viaje en un gobierno de "unidad nacional". Finalmente, ARENA no ha logrado por el momento disponer de los 31 votos necesarios en la Asamblea Constituyente para revertir en su totalidad las reformas y preparar una constitución a su medida. Así y para disgusto de muchos de sus promotores, ARENA ha tenido que limar aristas bélicas, revestirse de "derechos humanos", hablar de democracia y pagar las pesadas facturas de algunas reformas.

Que, a tres años del 15 de octubre de 1979, un partido como ARENA se encuentre a la cabeza de la vida nacional, presidiendo la Asamblea Constituyente, administrando la Reforma Agraria y organizando el comercio exterior, es el mejor testimonio sobre el fracaso del movimiento puesto en marcha por la Juventud militar. Que, a un año de su existencia, ARENA se sienta frustrada en sus pretensiones de restituir al país a su estado secular, es prueba objetiva de que algo ha cambiado o está cambiando en El Salvador. Cabe, sin embargo, preguntarse si tanto esfuerzo, tanto dinero y, sobre todo, tantas vidas como la imposición del proyecto norteamericano le está costando al país estar sentando las bases de un futuro mejor, o si no se está pretendiendo edificar una vez más todo un sistema social sobre la opresión y la injusticia.